

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.



AÑO II.

MADRID 1.º DE FEBRERO DE 1875.

NUM. 44.



EL COLISEO DE ROMA.



no de los monumentos que ponen de relieve la grandeza del poder y degradacion de la Roma pagana es el Coliseo, sitio destinado á dar al pueblo espectáculos de sangre y de muerte. Aquel pueblo á quien la idolatría degradó tanto, que solo suspiraba por comilonas y diversiones, *panem et circenses*, llevó su fiera inhumanidad á tal extremo, que uno de sus mas favoritos entretenimientos era ver, cómo las fieras se despedazaban unas á otras y despedazaban ó eran despedazadas por el hombre.

El sitio destinado á estos espectáculos se llamó el Coloseo ó Coliseo; sus ruinas están representadas en esta lámina. Su construccion fue principiada en tiempo del emperador Vespasiano despues de la destruccion de Jerusalem, y terminada por su hijo Tito el año 80 de la era cristiana. Los obreros empleados en ella fueron, segun se cree, los judíos cautivos de Jerusalem. Tiene la forma de una elipse con una estension de doscientos treinta y nueve metros. El muro exterior se apoya en ochenta arcos, sobrepuestos unos á otros, teniendo cada órden de ellos un género distinto de arquitectura; este muro se eleva á la altura de cuarenta y nueve metros. Todo él era de mármol y estaba coronado por multitud de estatuas. En el interior habia al rededor cuarenta filar de asientos tambien de mármol, pudiendo colocarse

en ellas cerca de noventa mil espectadores, que por la buena disposicion de las galerias y escaleras podian llegar facilmente á su asiento de órden. Sesenta y cuatro puertas daban salida á la multitud.

El refinamiento de la molicie en aquel pueblo llegó al extremo de cubrir con un toldo este local tan inmenso para defenderse del sol y de la lluvia; grandes chorros de agua refrescaban y á veces perfumaban el aire, y corriendo en arroyos por la arena le daban la apariencia de un jardin. Debajo de él habia inmensos subterráneos, que en nuestros dias han sido descubiertos, pero que han sido cegados para evitar las fétidas exhalaciones del agua estancada.

Hace cerca de nueve siglos Roberto Guiscardo temiendo que ese lugar sirviese de ciudadela contra él, mandó demoler la mitad. De la otra mitad se han sacado mármoles sin cuento para edificios y torres, y principalmente para el palacio Farnesio, el de Venecia y la cancillería; mas á pesar de tal despojo, las ruinas asombran aun al espectador y publican el poder del pueblo que lo construyó.

Mas si venerable es ese sitio por su grandeza y antigüedad, lo es mucho mas por la nobleza que le dió la sangre de tantos mártires allí sacrificados por la fe en Jesus. El catálogo de estos seria interminable. Presbíteros venerables, ancianos decrepitos, varones llenos de lozanía y de vigor, candoro-

sas doncellas, niños inocentes, eran allí despedazados á centenares por las fieras entre los gritos desenfadados de una muchedumbre sin entrañas. Creían sin duda aquellos feroces vivientes, que con sangre podrian ahogar la Iglesia de Jesucristo, y no escuchaban los acentos de aquel sabio creyente que les decia: «La sangre de los cristianos es como un grano de trigo que sembrado produce una espiga de ciento.»

Un recuerdo de aquellos anfiteatros son nuestras plazas de toros, que diversion favorita de gran parte de nuestra sociedad, revelan cuán feroz es el corazon humano, cuando sus instintos no son dulcificados por el suave y caritativo espíritu del Cristianismo.



LOS ANIMALES DOMÉSTICOS.

Los animales que viven en las casas se llaman animales domésticos. ¿Qué animales domésticos conoces ya?

Conozco el perro y el gato, el caballo y el burro; el buey y la vaca; la oveja y la cabra; los puercos, gansos, ánades, gallinas y palomas. Estos animales son muy útiles para el hombre.

El perro guarda nuestra casa, el gato nos libra de los ratones.

El caballo se emplea en el tiro de coches y carros y para caminar sobre él; el asno es el portador de las cargas.

La vaca nos da su leche, con la cual se fabrica queso y manteca. De la oveja sacamos la lana, y de esta se hacen los paños y otras cosas. La gallina nos da huevos; y el gallo nos advierte con su canto la llegada del alba. Los cabritos, corderitos y pollos hacen las delicias de nosotros los niños y nos sirven de gran recreo.

IMPORTANCIA DE LA ORACION.

El maestro Peregrin, de oficio sombrerero, vivia en una ciudad de Silesia, y se ocupaba en hacer sombreros de fieltro, que vendia á los aldeanos que en ciertos dias de la semana venian al mercado á espender los frutos de sus campos, llevando en cambio lo que necesitaban para sus casas; y esto sucedia principalmente en la semana precedente á la pascua de Natividad, en que solia vender tres á cuatrocientos sombreros.

Pero cuando ménos pensaba, cambió la moda de los sombreros, y en algunos años no vendia por este tiempo apenas media docena. A este percance está espuesto el sombrerero mas que el zapatero, porque los sombreros no solo varian á veces de forma, sino tambien del género de que se hacen, lo que no sucede con los zapatos, á no ser que de repente se haga el calzado de hierro fundido ó de papel, como usan los japoneses.

El maestro Peregrin, pues, adquiria muy poco con su oficio; por otra parte

no queria proporcionar el sustento de su familia de una manera deshonrosa, y sin embargo de eso tenia que dar de comer á mujer é hijos. El pobre hombre tuvo que pedir algunos reales á sus amigos á pesar de que las deudas eran para él un trabajo mas grande que cualquier otro por muy pesado que fuese.

Hay gentes que pedirian prestado de buena gana si hubiera quien les prestara. Pero esto no le sucedia al maestro Peregrin; él tenia crédito, porque todo el mundo lo conocia como hombre trabajador y honrado, pero no teniendo esperanza de restituir á su tiempo la deuda, no queria hacerla.

Pero ¿qué giro tomar? la necesidad habia llegado al colmo y el maestro no sabia qué hacer.

En esto habia llegado el lunes, que era dia de feria en que muchísimos aldeanos venian á la ciudad. Mis lectores se figurarán ahora, que alguno de estos habrá pensado que su sombrero estaba ya inservible y debia tener remuda; pero nada de esto. Si la necesidad habia sido grande hasta entonces, aumentóse aquel dia mas, porque un refran antiguo dice: «Dichoso mal que viene solo.» Cuando la feria estaba bien repleta de gente, vino corriendo uno y gritó: «se ha caido el fróntis de la casa del maestro Peregrin; el alero del tejado está en el suelo.»

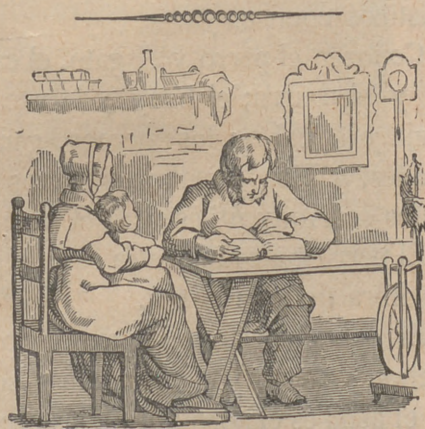
La noticia corre de boca en boca, y como siempre acontece, cada uno

aumenta un poquito hasta que ya se dijo: «la casa se ha caido.» Todo el mundo corre y bien pronto se queda la feria sin gente, porque todos han ido á ver la casa caida.

La casita estaba apoyada desde tiempos remotos sobre la pared de un jardin inmediato por dos lados, pero el fróntis no tenia apoyo alguno; toda ella no valia trescientos duros, tan vieja y ruinoso estaba. En la noche anterior habia caido un fuerte aguacero, de lo que parecia haberse asustado la pobre, y aquella mañana arrancóse el fróntis con mucho ruido y cayó con gran estrépito al jardin.

La madre de aquella familia acababa de entrar del jardin, y cuando vió aquel accidente, fue su primer pensamiento alabar á Dios, que le habia preservado de una manera tan providencial de la muerte, porque bien claro veia, que en aquel lance ningun sombrero podia haberla salvado ni su marido mismo, si el Todopoderoso no la hubiera tomado en su santa guarda.

(Se concluirá.)



PASEOS RECREATIVOS POR LA NATURALEZA.

IV.

LA LLUVIA.

«Hijitos, vamos á paseo.»

«Papá, si está lloviendo.»

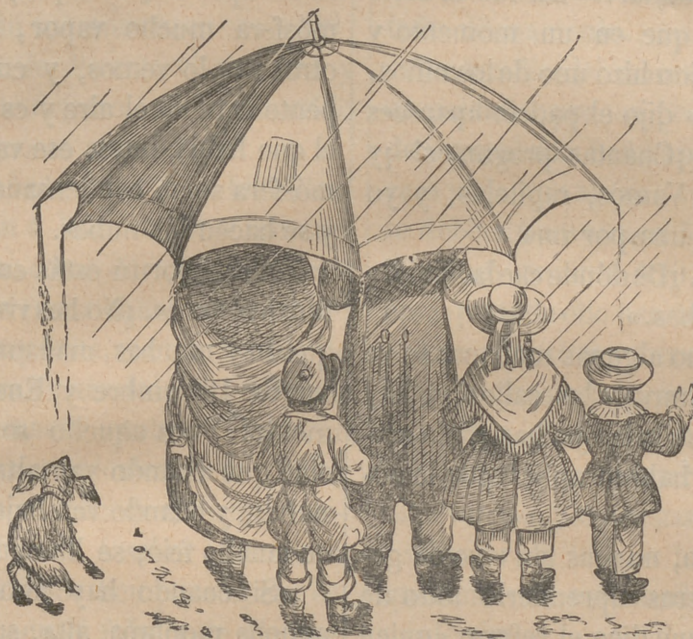
«No importa, vereis qué saludable es el paseo con lluvia, y cómo os vais á divertir.»

Así dijo un padre á sus

pequeños una tarde, en que una lluvia mansa caía con suavidad, pero sin interrupcion. Y como los niños, á poco son que se haga, bailan, como dice el refran, salieron á paseo con su padre.

No poca sorpresa ni poco gusto causó á los vecinos ver al padre con sus tres hijitos debajo de un paraguas, que parecia un arca de Noé, item mas con un perrito, lanzándose á dar un paseo en tarde tan desapacible. Todos se burlaban de él, pero él muy ufano con sus pequeños contestaba en sus adentros: «ande yo caliente, y riase la gente; «es decir:» haga yo mi gusto y diga el mundo lo que quiera.»

La madre no llevó muy á bien este



escéntrico de seod el padre, pues conocia que sus hijos volverian llenitos de lodo, y el trabajo de limpiarlos seria para ella.

No se equivocó. Al poco rato el niño mas pequeño quiso dar un paso

mas largo que le permitian sus piernecitas, y se resbaló y cayó al suelo; aquí fue Troya: figúrense nuestros lectores cómo se pondria. Por otra parte el perrito, que no entendia eso de paraguas, andaba de un lado para otro, y los pobres niños lo llamaban á su lado, para que no se mojase; mas el perro creyendo que lo llamaban para acariciarle, corria á ellos y empinando sobre sus pies, les echaba las manos sobre los vestidos, llenándolos de lodo. El padre se divertia mucho con esto, y se reia como un tonto. Los niños se reian tambien y así se cumplia una parte del programa del padre: «nos vamos á divertir.»

«¡Papá, y de dónde cae la lluvia?»

¿cómo se forma? ¿dónde estaban esas nubes ayer, que no se veía ninguna? ¿quién las ha traído? ¿á dónde va aquella, que se ve andar?» Tal fue la serie de preguntas que en un momento y con precipitación hizo uno de los niños.

«Hijo mio,» dijo el padre: «pareces un catecismo. ¡Cuántas preguntas! ¡y qué de prisa! Vamos, repítelas, y yo te responderé una por una.»

«Bien papá. ¿De dónde cae la lluvia?»

«De las nubes.»

«¿Pues cómo algunas mañanas se ve mojado el campo y las calles, y hay gotitas de agua en las yerbas, y sin embargo, no ha habido nubes por la noche?»

«Mira hijito, no seas tan vivo de genio; no quieras aprenderlo todo de una vez, porque dice el refran: «quien mucho abarca, poco aprieta.» Eso ya te lo explicaré otro dia. Hoy voy á responderte nada mas que á las primeras preguntas que acabas de hacerme.»

«¿Cómo se forma la lluvia?»

«Mira hijito, ¿has visto en el hogar de casa algun puchero de agua hirviendo?»

«Si papá.»

«¿Y has visto una especie de humillo, que sale del puchero?»

«Tambien.»

«Pues bien, aquello no es humo, sino una cosa húmeda, que llamamos vapor del agua. El agua está siempre dando ese vapor; cuando está muy caliente da mucho, cuando está fria, da ménos, pero siempre da. Y cuando el

agua se mueve como la de los rios y el mar, da muchísimo mas. Por consiguiente como hay tanta agua y esa está siempre dando vapor, hay en la atmósfera mucho vapor, aunque nosotros no lo vemos, y cuando de repente cambia el aire y es mas frio que el que habia ántes, ese vapor de la atmósfera se va condensando con el frio, y se hacen las nubes.

«Mira hijo: tú estás entre las nubes muchas veces. ¿No has visto las nieblas, que hay muchas mañanas de los meses de Diciembre y Enero principalmente? Pues aquello son las nubes, sino que cuando van altas, se llaman nubes, y cuando van bajas, porque hace mucho frio, se llaman nieblas.

«Si cuando hay nubes que tocan aquella montaña alta, subieses á ella, verias que estabas entre nieblas.»

(Se concluirá.)

IMPORTANCIA DE LA ORACION.

(CONCLUSION.)

El maestro Peregrin corrió á la calle al oír el gran ruido y cuando vió aquel hueco grande en el fróntis de su casa, ¿qué te parece, lector, que haria? Hizo lo mismo que tú habrás hecho, cuando en tu infancia habiendo fabricado una casa de naipes ó de palitos, algun camarada mal criado la tumbó; entonces corríste á tu papá y te quejaste. Pues esto mismo hizo el maestro. Derechito corrió á su cuarto de dormir, arrodillóse y contó á su padre celestial lo que le habia sucedido, pidiéndole

socorro en su trabajo. Quería también una respuesta y tomó su Biblia, donde encontró su vista llorosa el versículo, Isaías 60, 10: «Los hijos de los extranjeros edificarán tus muros.»

Consolado se levantó el maestro y dijo para sí: Seguro estoy que así lo hará, pero ¿cómo será esto?

El viernes hubo otra feria; los aldeanos volvieron á la casa del sombrerero, pero ya no como curiosos; uno traía en su carro cuarterones, otro tablas, otro ladrillos y tejas, y otros la cal y lo necesario para repararlo todo; y además encontró el maestro sobre la mesa un paquetito con versículos de la Biblia y un cartucho de escudos, sin que nunca hubiese llegado á saber quien se lo había traído. Poco tiempo después estaba reedificado el fróntis de su casa, habiéndose cumplido el versículo. Los extranjeros lo habían edificado.

Pero el lector sabe muy bien que no basta vivir en una casa reparada; es necesario tener qué comer y por este lado puso el Señor también remedio. Púsose el sombrerero á hacer bastos de algodón, y como los hacía bien, no le faltaba trabajo. Lleno de gratitud hacía su Padre celestial por estos beneficios pensaba Peregrin, que bien pronto podía pagar sus deudas; pero «el hombre propone y Dios dispone.» Sus pensamientos no son como los nuestros.

Cuando el trabajo iba mejor, fue el maestro llamado á las moradas celestiales en pocos días á descansar de todos los trabajos de este mundo.

Las gentes llaman esto mala suerte, pero los cristianos tienen paciencia, y saben que en estas cosas se ha de ver que la mano de Dios sabe arreglarlo todo divinamente.

La familia del maestro estaba llena de cuidado por su porvenir, pero no desesperaban. Les había quedado una casa vieja que apenas valía 300 duros; se debían á un amigo 30 duros, á otro 80, á un tercero 120 y á otros más, cosa que todo ello pasaba de 300 duros.

Los acreedores fueron llamados al juzgado para que presentasen sus credenciales, pero nadie concurrió. Se les mandó á preguntar por qué no habían venido, y contestaron que no querían nada de lo que habían prestado, quedando de este modo la casita libre de deudas.

El Padre de las viudas y de los huérfanos no los desamparó, y cuando el hijo del maestro Peregrin nos contó esta historia, estaba de viaje para el Africa mandado por la misión de Basilea, para predicar el Evangelio á los negros; el amor al Dios de misericordia que le había dado tantas pruebas de su bondad, le impulsaba para acometer esta empresa.

Y tú, querido lector, cuando te suceda que no tengas un sombrero para cubrir tu cabeza, ó cuando se arruine tu casa y te aflijan tus deudas ¿qué haces? Véte á tu Padre celestial con toda fe, y ruégale como Peregrin; te remediará tus necesidades y te perdonará tus pecados.

EL PREMIO DE LA HOSPITALIDAD.



No olvideis la hospitalidad; porque por esta algunos habiendo hospedado ángeles fueron guardados.

(Hebreos 13, 2.)



ERA Miguel un pobre jornalero de recursos tan pequeños, que muchas veces no tenia con que mantener á su mujer y á sus seis hijos, siendo ademas un tiempo muy malo para los trabajadores. Así no es estraño que se mostrase un poco serio y sorprendido, cuando volviendo de su tarea y sentándose á la mesa, vió dirigirse á ella las miradas de un huésped al parecer muy hambriento.

En mejores tiempos nada le habria importado esto, pero hoy sí, y por eso estaba un poquito disgustado, pero solamente un poquito, pues era Miguel un hombre recto y piadoso.

«¿Pero no tienes bastante con los

tuyos, Marta, que aun traes otro mas?»

«No te enfades, Miguel,» dijo su mujer cariñosamente; «sé que hubieras hecho lo mismo, si hubieses visto cómo la pobrecita miró por la ventana con sus vestidos rotos. No sé, por qué se paró delante de nuestra casa, pero ya en ella yo no he tenido corazon para despedirla sin darle de comer. Mi pedacito de pan ya le gustará; ¡mírala solamente una vez!»

Miguel dirigió una mirada á la niña, la cual temblando de frio, se habia puesto en un rincon. Parecia una perdida así como estaba, descalza y casi sin ropa.

Miguel la miró; y ella como pidiendo caridad, estrechó sus manitas hácia él.

«¡Ven acá, chiquita!» dijo con tono cariñoso; y temblando se le acercó.

«¿Tienes frio?»

«¡Sí señor!»! contestó.

«Entonces acércate á calentarte; y vosotros, hijos míos, podiais haber buscado ya un par de zapatos y medias para sus pies desnudos.»

Esta indicacion del padre fue cumplida al momento y pronto tuvo la pobre medias y calzado; no importa que no le vinieran muy bien.

«¿Pero cómo te llamas y de dónde vienes?» le preguntó Miguel. «Mas ántes de darme la respuesta vamos á comer; me parece que esto te hace suma falta.»

(Se continuará.)



LUCÍA Y LOS GATITOS.

Una niña, llamada Lucía, vivía con su padre en Madrid, en una buhardilla sumamente vieja y estropeada. Eran muy pobres y con muchas dificultades podían procurarse la comida y el vestido. Desde luego puede adivinarse que Lucía no tendría bonitos juguetes.

Existía en la casa una cueva donde se hallaba una pobre gata con dos gatitos pequeños. Lucía experimentaba gran gozo al bajar con frecuencia y mirar como crecían y se ponían alegres al verla, y muchas veces se entretenía en echarles pedacitos de pan. Mas á los gatitos no les gustaba mucho el pan, porque la vieja gata los amamantaba bien.

Llegó por fin un día en que habiendo salido la gata á buscar comida, tuvo sin duda algun contratiempo, porque no volvió á la cueva. Cuando al siguiente día bajó la niña á hacer su cotidiana visita á los gatitos, los encontró llorando por la ausencia prolongada de su madre. Los vecinos de la casa querían matar á los gatitos, porque sus lamentos les eran insoportables. Al oír esto Lucía, con los ojos arrasados en lágrimas pidió y suplicó á su papá que le diese permiso para cuidarlos, ofreciendo darles de comer pan y leche de su misma ración.

Tan pronto como obtuvo el permiso de su papá, dióse prisa á bajar á la cueva, tomó los gatitos en brazos, y acariciándolos emprendió el ascenso á

la buhardilla. Allí los cuidó hasta el extremo de privarse de su mismo sustento para que los gatitos estuviesen bien alimentados, y cuando algun vecino quería hostigarlos, ella los cogía al punto diciendo: «aquí estais seguros, pobrecitos míos; nadie os hará daño.»

Pues bien, queridos niños; vosotros direis que Lucía amaba mucho á los gatitos viendo como se privaba de lo que le era necesario á fin de que á ellos no les faltase qué comer; pero ¿sabeis que vosotros teneis un buen amigo que os ama mucho mas que Lucía amó á sus gatitos? Este buen amigo bajó, no de una buhardilla vieja, sino del hermoso cielo, con el fin de salvarnos del pecado, de la tristeza y de la muerte. Alguno de vosotros sabrá ya de quién hablo. Es nuestro querido Jesus, quien «aunque estaba rico, para y por nosotros se hizo pobre.» Es el buen Pastor y quiere que todos los niños vengán á El y sean sus corderos, porque dice: «Dejad los niños venir á mí y no los ahuyenteis.» Tal vez algunos de vosotros seais pobres y no esteis muy contentos y querreis ver á Jesus y que os tome en sus brazos, como hizo con otros niños muchos años ha. Pero aunque Jesus volvió á su celestial mansion en los cielos, y no podeis verle ahora, El os ve y vosotros podeis decir cerrando los ojos: «Querido Señor Jesus, creo tu palabra y quiero llegar á Tí; toma tú mi mano, guíame bien y cuídame en este mundo hasta que quieras

llevarme á tu casa en el cielo y enseñarme tu divino rostro.»

Y ahora, niños queridos, cuando recordeis á Lucía con sus gatitos, pensad en aquel versículo de la Biblia, que dice de Jesus: «En su brazo cogerá los corderos y en su seno los llevará.» (Isaías 40, 11.)

PASEOS RECREATIVOS POR LA NATURALEZA.

(CONCLUSION.)

IV.

LA LLUVIA.

«¿Papá, y cómo es que las nubes están en el aire y no se caen?»

«Dime Carlitos, ¿por qué aquel globito de goma que yo te compré el otro día, estaba en el aire, y en lugar de caer al suelo, aun subiria mas, si no le sujetaras?»

«Porque está lleno de vapor.»

«Pues bien, hijo mio, las nubes son la reunion de millones de globitos ó burbujitas de agua llenas de vapor; por eso están en el aire. Cuando hace mucho calor, muy altas, como en verano; cuando no hace tanto, mas bajas como en invierno, y cuando hace gran frio, rodando por el suelo, como la niebla.

«Tambien la electricidad contribuye mucho á formar las nubes y á hacer que estén mas altas ó mas bajas. Ya recordarás que el año pasado leimos algo de la electricidad en el «AMIGO DE LA INFANCIA.»

«¿Y de qué proviene la figura tan diferente que tienen las nubes?»

«De muchas causas, pero principalmente de la electricidad y sobre todo de las corrientes de aire que andan.»

«¿Y el color de las nubes?» «Por el dia las nubes son mas ó ménos blancas ó pardas, segun lo mas ó ménos espesas que son. Por la tarde algunas veces las ves muy encarnadas, porque los rayos encarnados de luz tienen mas fuerza que los de otros colores, y pueden pasar á traves del aire y llegar á la nube, y los otros rayos de otro color no; lo mismo puede decirse de las nubes encarnadas por la mañana. No vayas á creer que eso dependa de la misma nube, sino que depende del color de los rayos de luz. El color encarnado es mucho mas fuerte que todos los demas.»

«¿Y cómo algunas veces hay nubes y no llueve, y otras veces sí?»

«Porque algunas veces ya por la corriente de aires, ya por la electricidad, ya por un cambio repentino en la temperatura de la atmósfera, esas burbujitas de vapor no pueden permanecer en tal estado y se convierten en gotas y llueve.

«Me parece que ahora va lloviendo mas que ántes, porque se ha movido un poco de aire y muy húmedo. Vamos á casa hijitos.»

«Sí papá, que yo tengo frio»

«Y yo tengo ganas de merendar.»

«Y yo de ver á mamá.»

«Contenta se va á poner tu madre al verte como estás. Vamos, vamos pronto que llueve mucho.»

EL PREMIO DE LA HOSPITALIDAD.

(CONTINUACION.)

La invitación fue aceptada con mucho gusto. Miguel notó con alegría que algunos de sus hijos no aceptaban tanta comida como otros días, y además partían su bocado de pan con la pobre.

Esta observación era para él de más valor que la comida, y en su corazón dió gracias á Dios porque la pobrecita había inspirado tales sentimientos.

Tenia mucha hambre, pero si el agradable olor del cocido le parecía irresistible algunos momentos ántes, ahora no podía probar nada; temblaba la pobrecita y casi lloraba al ver la bondad de los niños del pobre jornalero.

«Si ahora no puedes comerlo todo,» dijo Miguel, «te lo pondremos á la lumbre, y si yo me he marchado á trabajar puedes comerlo despacito.»

Oyendo esto la pobre no pudo ya reprimir sus lágrimas; quería comer algo más, pero no podía.

«¿Pero cómo te llamas, hijita?» dijo Miguel cuando la niña estuvo tranquila otra vez.

«Felisa,» respondió.

«¿Y cómo más?»

«Solamente Felisa me llamo; no tengo otro nombre.»

«¿Cómo se llama tu padre?»

«No lo sé, señor; nunca he visto á mi padre.»

«Pero tu madre, ¿cómo se llama?»

«Nunca he visto á mi madre.»

«¿Pero de dónde has venido?» la preguntó Miguel, que apenas sabía cómo seguir su exámen.

«¡Oh de muy lejos!» replicó la niña; y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas. «¡De muy lejos he venido! pero he dormido mucho por el camino, y ayer por la noche me sacaron del carro y me dejaron sola.»

De repente Miguel tiró fuertemente su silla hácia atrás y dijo á su mujer:

«Marta, creo que ya es hora;» y levantándose se fue.

Era de noche cuando volvió; el viento muy frío en el día, lo era más entonces. Los niños se habían acostado y la madre estaba sola con su labor.

«¿Dónde está la niña, Marta? ¿La pobrecita que ha comido con nosotros al medio día?»

«Era muy agradecida la desdichada; pero qué, ¿querías que se quedara aquí?»

«Mujer, ¿la has echado en una noche tan oscura y de tanto frío?» preguntó Miguel bruscamente.

«Pero ¿qué pude hacer?»

«¿Qué hacer? darla hospedaje en cualquier lado por amor de Aquel, que también una vez fue niño pobre en esta tierra.»

«Tranquilízate y no te sofoques. Está durmiendo en la guardilla; no tenía yo valor para decírtelo al momento.»

(Se concluirá.)

CAIN Y ABEL.



El primero de los hijos de Adan se llamó Cain y el segundo Abel. Cain era labrador y Abel pastor. Sucedió un dia que Cain ofreció al Señor una oblacion de los frutos de la tierra, y Abel tambien le hizo su ofrenda de los primogénitos de su rebaño. Pero la ofrenda de Abel agradó á Jehová mas que la de Cain; porque Abel hizo la suya en la fe, al paso que el corazon de Cain no estaba en disposicion de complacer al Señor. Y encolerizóse Cain en gran manera, y decayó su semblante. Y el Señor le dijo: «¿Por qué te has encolerizado, y porqué ha decaido tu

semblante? ¿No es cierto, que si bien hicieres, serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas el pecado? Porque su deseo es contra tí, y tú te enseñorearás de él.»

Y dijo Cain á su hermano Abel: «Salgamos fuera.» Y así que estuvieron en el campo, levantóse Cain contra su hermano Abel y le mató. Y dijo el Señor á Cain: «¿En dónde está tu hermano Abel?» Y él respondió: «No lo sé, ¿soy yo acaso guarda de mi hermano?» Y Dios dijo: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues,

maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano. Cuando la labrares no te dejará sus frutos; vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra.» Cain contestó á Jehová: «Mi iniquidad es muy grande para que sea perdonada; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará.» «Cierto,»—dijo el Señor,—«que cualquiera que matare á Cain, siete veces será castigado.» Y puso en Cain una señal para que no le matara cualquiera que le hallase.

Luego que salió de la presencia del Señor, habitó el pais de Nod, al Oriente de Eden; y construyó una ciudad á la cual llamó Henoch, porque así se llamaba su hijo. Adan contaba en esta época ciento treinta años.

Eva, despues de la muerte de Abel, dió á luz otro hijo, al cual llamó Seth, es decir, sustitucion; «porque Dios,» dijo ella, «me ha sustituido otra simiente en lugar de Abel, á quien mató Cain.»

No perdamos jamas de vista las fatales consecuencias de la envidia y del orgullo de Cain. Recordemos lo que nos dice la Escritura (1.^a Juan 3, 15. 12): «Cualquiera que aborrece á su hermano, es homicida. Y sabeis, que ningun homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo. No seamos como Cain, que era del maligno y mató á su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas.»

«Si alguno dice, yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano, al cual ha visto, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de El, que el que ama á Dios, ame tambien á su hermano.» 1.^a Juan 4, 20. 21.

EL MUCHACHO Y EL PERRO.

Yendo un muchacho á la escuela
Con el almuerzo en la mano,
Cierto Perro conocido
Le fué siguiendo los pasos.

Hacíale zalamero
Muchas fiestas con el rabo,
Poniéndosele delante
Y dando continuos saltos.

«Bien sé yo lo que tú quieres,»
Dijo risueño el muchacho,
«¡Picarón!» y al decir esto
Le dió el mendrugo tamaño.

Doblaba el perro las fiestas,
Multiplicaba los saltos,
Segun veia que el niño
Mendrugos iba arrojando.

Mas cuando vió que el almuerzo
Del todo se hubo acabado,
Entónces, rabo entre piernas,
Se alejó mas que de paso.

Como quien mira visiones
Se quedó el jóven incauto,
Sin almuerzo y sin amigo.

*¡Pobre inocente! Los años
Le enseñarán que en el mundo
Tan vil proceder no es raro.*

EL PREMIO DE LA HOSPITALIDAD.

(CONCLUSION.)

Necesitó Marta solamente ver su semblante que reflejó la alegría, para entender que estaba satisfecho completamente. El tiempo era muy desagradable; pero nunca le había parecido mas hermoso que ahora, y tan pobre como era, nunca se había sentido mas rico. Al día siguiente no les faltó nada; pasaron algunos días así, y la pobre niña temía molestar á sus bienhechores y con temblor esperaba la hora en que la despidieran. Pero ellos no pensaban en esto y cuando Miguel vió la ansiedad de la huérfana, le dió mucho ánimo, y le inspiró confianza.

Un trato tan amable le quitó pronto todo miedo y la niña se desarrolló de una manera sorprendente. No había recibido educacion: nunca había oído orar y tampoco sabía leer. Cuando los niños estudiaban sus lecciones y Felisa no se apartaba entónces de ellos, le preguntaron:

«Felisa, ¿te gustaria saber leer?»

«Sí, muchísimo,» respondió.

Desde entónces empezaron á darle lecciones; y como era discípula muy aplicada, pronto supo leer algunas palabras. No se puede decir quién gozó mas entónces: si los pequeños maestros ó su discípula. La pobre recogida en la calle era desde entónces una bendicion de la casa, pues los niños, haciendo lo bueno y enseñándolo, no solamente aprendieron cada día mas,

sino que tambien su deseo de enseñar aumentó su aplicacion en la escuela. No había oído la pobre nunca nada de su Salvador. Miguel y su mujer empezaron á enterarla de un asunto tan importante; pero cuando la pequeña hizo sus preguntas sencillas, ellos comprendieron cuánto les faltaba á ellos mismos. Y cuando Miguel sacó un día con mucha suerte á un moribundo de sus dudas religiosas, él pudo decir: «Esto aprendí estudiando el corazón de una niña.»

Mas clara, aun se notó la influencia de la niña en la vida diaria de la casa. Nunca olvidó cuanto debía á sus bienhechores y trató á los niños aunque eran pobres, con cierto respeto. Si estos se olvidaban y se ponian furiosos, ella nunca se encolerizó y de esto aprendieron algo que quizá no hubieran aprendido: ser modestos y piadosos. Doña Marta encontró en sus trabajos de la casa la asistencia mas habitual y voluntaria, así que nunca se arrepintió de haber abierto su casa á una pobrecita. El cariño á la huérfana se volvió todo bendicion.

Felisa tenía ya 16 años cuando se le presentó una ocasion en que pudo mostrar su profunda gratitud. Toda la familia cayó enferma y la enfermedad era tan peligrosa que ninguno de los vecinos se presentó en la casa. Felisa no temía nada y nunca perdió la alegría y esperanza, y el médico afirmó que había mostrado una fidelidad difícil de encontrar. Cuando por primera vez despues de la enfermedad estaba reu-

nida toda la familia al rededor de la mesa, pues nadie se habia muerto, ella sintió gran gozo y sus ojos eran todo luz. Entónces le preguntó Miguel:

«¡Felisa, todavía quieres decir que no sabes de quién eres hija?»

«No; ó debia ser».....

«¡Ó debia ser?... sigue chiquita.»

«Espero que soy hija de Dios.»

Miguel poniendo su mano sobre la frente de la niña la bendijo, asegurando ser así verdad.

La niña nunca tuvo noticia de sus parientes; pero entre la familia de Miguel estaba como hija.



EL PASTOR MENTIROSO.

Francisco apacentaba sus ovejas en las cercanías de un gran monte. Un dia, por dar una broma picaresca á los demas, gritó con todas sus fuerzas: «¡El lobo viene! ¡El lobo, el lobo!»

Pronto todos los labradores que se hallaban por aquellas cercanías ocupados en sus faenas, corrieron con el objeto de matar al lobo. Pero como no habia semejante lobo, se volvieron.

Mas sucedió que pocos dias despues llegó realmente el lobo. Paquito gritó por segunda vez: «¡Ayuda, ayuda! ¡El lobo, el lobo!» Pero como los labradores no estaban de humor de dejarse engañar otra vez, ninguno suspendió

sus tareas, ni acudió. Así es que el lobo mató algunas ovejas y hasta Francisco corrió peligro. En vista de esta conducta, su amo le despidió.

Niños, no seais jamas mentirosos.

EL PUEBLO Y SUS VECINOS.

Por lo regular ningun pueblo tiene tantas y tan bonitas casas como una ciudad. Un pueblo con una iglesia es una parroquia. En los paises donde se estima la educacion, cada pueblo tiene su escuela de niños y de niñas, aunque no todos van á ella; pues algunos son muy pobres y desde chiquitos tienen que ganarse el pan trabajando. Otros no van por abandono.

Los vecinos de los pueblos ó aldeas viven por lo comun de la agricultura y cria de ganados. Ellos labran los campos; por eso se llaman labradores. Tambien se encuentran algunos artesanos.

Cada pueblo tiene su nombre para poderlo distinguir de los restantes.

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física ó Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Etranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID. 1875.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.